

Título “Cuando Albert Einstein visitó la Academia de Artillería; una historia de amistad”

Era la primera vez que entraba en la Academia de Artillería de Segovia. La Cámara Oficial de Comercio e Industria entregaba, esa noche de primeros de diciembre de 2015, los premios “Casa del Sello” y al terminar la ceremonia, en una galería acristalada, se ofrecía un refrigerio a los asistentes, que podíamos deambular por los pasillos del edificio, e incluso acceder a su famosa biblioteca (sus estanterías albergan miles de volúmenes, entre ellos los casi trescientos que los cadetes salvaron del incendio del Alcázar del 6 de marzo de 1862).

Mientras andaba por aquella galería, observaba los cuadros que colgaban de las paredes: grabados de la ciudad de Segovia, retratos de militares, fotografías antiguas de la Academia, relaciones de alumnos, y una de ellas me llamó especialmente la atención. En las escaleras de acceso a la Academia por la calle de San Francisco, flanqueado por dos militares, estaba ¡¡¡Albert Einstein!!!, el pie de foto rezaba: “El afamado premio Nobel de Física, D. Albert Einstein, junto al Coronel Director D. Fernando Flórez Corradi, y al Coronel Profesor D. Leocadio Ramírez Lenz, 5 de marzo de 1923”.

Algo sabía acerca de la visita de Einstein a España. Vino invitado por el físico Esteve Terradas y por el matemático Julio Rey Pastor, entre febrero y marzo de 1923, le recibió el Rey Alfonso XIII, e impartió varias conferencias en Barcelona, Zaragoza y Madrid, pero desconocía que había estado en Segovia.

Las casualidades a veces dan que pensar, y lo digo porque desde un par de meses antes todo lo que leía tenía que ver con Einstein. Cuando paseo suelo escuchar programas grabados a través de los auriculares del teléfono, especialmente de ciencia e historia, y últimamente varios conmemoraban los cien años de la Teoría General de la Relatividad, que Einstein postuló en la Academia Prusiana de las Ciencias en noviembre de 1915, y que luego se publicaría en 1916.

Con esa teoría Einstein explica que la gravedad no es una fuerza como otras que conocemos. No hay una fuerza que tire de nosotros desde el centro de la Tierra, sino que la atracción de todo lo que hay en el Universo se debe a que el espacio-tiempo se deforma por la presencia de un cuerpo más masivo. Los planetas, por ejemplo, se mueven en línea recta, pero al estar el espacio-tiempo deformado por el objeto con mayor masa de nuestro Sistema Solar (el Sol), forman una trayectoria elíptica. Empíricamente se demostró en 1919, cuando se hicieron observaciones de una estrella, situándola en un punto en concreto del firmamento, y se compararon con otras mediciones, de la misma estrella, durante un eclipse de sol: la luz de esa estrella llegaba desde otro lugar, tal y los cálculos de Einstein predecían, y se debía a que los fotones de luz provenientes de esa estrella al pasar cerca del Sol trazaban una curva, en un ángulo casi exacto al de la ecuaciones del físico.

De regreso a mi casa iba dando vueltas a, primero, la casualidad de haber escuchado en el programa de Radio Nacional “A hombros de gigantes”, un especial dedicado a Einstein; segundo, a que tanto me interesó el tema que los únicos libros que leía trataban sobre sus teorías, y lo con ellas relacionado (origen del universo, agujeros negros, teoría de cuerdas, física cuántica,...); y tercero, a qué le motivó venir a Segovia.

Título “Cuando Albert Einstein visitó la Academia de Artillería; una historia de amistad”

En aquellos momentos vivía solo (después de varios años casados, en el verano anterior, más o menos de acuerdo, mi pareja y yo decidimos cada uno por nuestro lado), por lo que no tenía que dar explicaciones a nadie, ni sobre la hora que llegaba, ni cómo llegaba, ni qué hacía cuando llegaba. Abrí una cerveza, encendí el ordenador, y me conecté a Internet. Busqué la página web de la Academia. Su nombre completo es el de Real Colegio de Artillería de Segovia que, al menos de eso sí estaba al corriente, se trasladó a un antiguo convento de la calle de San Francisco (de los que quedaron vacíos cuando la Desamortización de Mendizábal), desde el Alcázar tras su incendio de 1862.

Hasta entonces mi relación con la Academia había sido escasa, salvo una noche de Santa Bárbara en La Escuela (establecimiento mítico de la noche segoviana, ya cerrado). Andaba de copas con Pedro y Antonio, eternos amigos de correrías y que aún nos juntamos de vez en cuando para recordar los viejos tiempos. No sé muy bien por qué, Antonio se enzarzó con un cadete, aquello pasó a mayores, la cosa se lió, y si no es porque salimos corriendo, y gracias a que Pedro vivía a dos calles de La Escuela y pudimos refugiarnos en el portal de su casa, quizás hubiéramos acabado en el hospital: eran más, nuestras facultades a esas horas de la madrugada no eran las más óptimas y, también, estaban en mejor forma que nosotros.

La página web de la Academia proporciona información sobre su historia, pero acerca de la visita de Einstein apenas encontré cinco líneas: que aprovechó su estancia en España para venir a Segovia en compañía de José Ortega y Gasset, y saludar a su amigo Leocadio Ramírez Lenz, el 5 de marzo de 1923. Nada más.

Al día siguiente, después de salir del trabajo, me acerqué a la Biblioteca Pública, en el barrio de Nueva Segovia. En la sección dedicada a la provincia de Segovia encontré un libro editado en 1984 por la Obra Social de la Caja de Ahorros titulado “Doscientos años de la Academia de Artillería 1764-1964”, del autor segoviano Eduardo Pérez Arribas, historiador, miembro de la Academia de San Quirce, y profesor de Historia en el centro asociado de la UNED, prologado por quien entonces ejercía de director de la Academia, el General de Brigada D. José Riera Benac. Me senté con el ejemplar en una de las mesas de la biblioteca, entre varios (en apariencia) aplicados estudiantes, saqué de la bandolera un cuaderno, un Pilot de color verde, el iPad, y me enfrasqué en sus páginas.

El libro analizaba los acontecimientos más destacados desde la fundación del Real Colegio de Artillería; la importancia que tuvo el químico Luis Proust (qué ignorancia la mía, no sabía que la Casa de la Química, en la plazuela del Alcázar, se llama así porque era el laboratorio que empleaban los artilleros para mezclar los diversos compuestos que se utilizaban para propulsar los proyectiles, y que Proust fue uno de los mejores químicos de la historia); la Guerra de la Independencia, y por supuesto los héroes del 2 de mayo, los capitanes Pedro Daoiz y Luis Velarde; el famoso incendio del 6 de marzo de 1862 y el consiguiente traslado a la actual sede del ex convento de San Francisco; y por fin uno de sus capítulos se dedicaba íntegro a la visita de Einstein y a contarnos quién era Leocadio Ramírez Lenz.

Título “Cuando Albert Einstein visitó la Academia de Artillería; una historia de amistad”

Nació en 1877 en Berlín, hijo de Eusebio Ramírez de la Serna y de Frida Lenz. Su padre, general, había formado parte del equipo que acompañó a Francisco Merry Colom, primer embajador de España en Alemania en 1871, tras la creación del Estado Alemán por el Canciller Von Bismarck. Allí conoció a su esposa, hija de un importante industrial del sector del armamento, con quien Eusebio mantenía frecuentes encuentros para la compra de armas para el ejército español. De ese matrimonio nacieron tres hijos, Leocadio (el mayor), y sus dos hermanas Pilar e Irene. Poco después de su nacimiento la familia regresó a Madrid.

Desde pequeño a Leocadio le atrajeron las ciencias (matemáticas y física), pero también la carrera militar y la lectura. A los trece años, en 1890, ingresó como alumno en el Real Colegio de Artillería de Segovia, donde se daba tanta o más importancia a la formación científica que a la militar. Y aquí el autor transcribe la Oración del Padre Antonio Eximeno, de la Compañía de Jesús, Profesor Primario de la Academia de Artillería: “El oficial de artillería debe ser un gran matemático, un grande histórico, un gran político, un gran filósofo, un héroe”.

Fue un estudiante brillante, a los dieciocho años acabó su instrucción como artillero en Segovia, y con el rango de alférez fue destinado a Cuba, en 1895. Ya sabemos lo que sucedió tres años después: guerra, pérdida de las últimas posesiones de España en ultramar... En definitiva, 1898 no fue el mejor año de nuestra Historia, y Leocadio regresó a la península con una hoja de servicios intachable, varias condecoraciones...y un brazo de menos, el izquierdo, por culpa de la metralla de una bomba enemiga.

Con el grado de teniente, no siendo apto para los servicios de armas, y dados sus amplios conocimientos, especialmente en tiro, a propuesta del director, el Coronel D. Antonio Azuela y Gobantes, se incorporó como profesor de balística en la Academia de Artillería de Segovia.

En 1910 escribió un manual, de referencia no ya solo en España, también se utilizaba en otros centros de enseñanza militares de Europa. En ese texto hacía uso de los últimos avances técnicos y científicos, destacando la inclusión de determinados cálculos matemáticos que se basaban en un libro publicado por un científico alemán (en original, en su casa ese idioma se hablaba con tanta naturalidad y fluidez como el español). Se trataba de la Teoría Especial de la Relatividad, de Albert Einstein, de 1905. Einstein por aquella época era casi un desconocido, y mientras estuvo empleado como oficial de tercera en la Oficina de Patentes de Berna, en Suiza, trabajó en el desarrollo de esa Teoría Especial de la Relatividad.

Sus postulados eran de una complejidad enorme, pero gracias a los ejemplos que citaba (experimentos mentales, según Einstein les definía), Leocadio lograba comprenderle, y entender lo que quería decir: en un sistema inercial una persona en caída libre no podría saber si era él quien se movía, o era lo que le rodeaba, y que el tiempo del observador sería distinto del suyo. Además formuló la ecuación más famosa de la historia: $E=mc^2$, y para Leocadio esa definición, que la energía era igual a la masa, y que la masa era igual a

Título “Cuando Albert Einstein visitó la Academia de Artillería; una historia de amistad”

la energía, hizo preguntarse a Leocadio hasta dónde se podía aplicar ese planteamiento en el mundo de la balística.

En el epílogo del texto escrito por Leocadio Ramírez en 1910, que he tenido posteriormente la oportunidad de consultar, en una reedición de 1946, literalmente la última frase dice lo siguiente: “El futuro de la humanidad dependerá del uso que hagamos del poder destructivo de las armas que se diseñen en los próximos años.”

Leocadio Ramírez (a quien Eduardo Pérez definía como un hombre con un gran sentido del humor) explicaba a sus alumnos, el primer día de clase, que esencialmente la artillería consiste en introducir un proyectil en el ánima de un arma y lanzarle hasta un objetivo situado lejos, y con los cálculos previos de distancia, peso, dirección del aire, longitud y anchura del ánima, orografía del terreno, curvatura de la tierra, etc., tratar de hacer blanco...antes de que el enemigo nos descubriera e hiciera lo mismo con nosotros. “Señores aspirantes a oficiales del cuerpo de Artillería del ejército español –decía con seriedad-, todo lo que ustedes van a aprender durante su estancia en esta Academia, junto al Acueducto que los romanos construyeron hace dos mil años, se resume básicamente en destruir al enemigo antes de que el enemigo nos alcance a nosotros, y lo que no entiendo demasiado bien es por qué se me ha elegido precisamente a mí para enseñarles, no soy el mejor ejemplo de lo que debe hacerse –decía señalándose el brazo que le faltaba-”. Los alumnos, y al parecer la estrategia nunca le fallaba, proferían en una carcajada.

La vida de Leocadio en Segovia era tranquila. Permanecía soltero, y vivía en la Academia. Casi a diario, al terminar su jornada hiciera frío, calor, lloviera o nevara, daba un solitario paseo para, según decía, despejar la mente. Salía de la Academia, dejaba el Acueducto a su izquierda, y bajaba hasta el Hospicio provincial y la Alameda del Parral, cruzaba el río Eresma por el puente junto a la Casa de la Moneda, subía por la puerta de Santiago hasta la Catedral, por las empinadas y estrechas calles de la ciudad de Segovia, y volvía a la Academia descendiendo por la calle Real.

Necesitaba descansar -me dije-, miré el reloj, habían pasado más de tres horas desde que entré en la biblioteca, estaban a punto de cerrar. Me levanté al servicio, saqué un café de la máquina y después de tomármelo, volví a la mesa, recogí mis cosas, y me llevé en préstamo el libro que estaba consultando, además de otros dos ejemplares de física.

Ya en casa retomé la lectura del libro de Eduardo Pérez, que continuaba su relato en 1914. El asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo, el 28 de junio de 2014, fue el acontecimiento que parecía se esperaba en Europa para comenzar la Gran Guerra (después conocida como Primera Guerra Mundial). España se declaró neutral, y ese conflicto era un buen escenario para estudiar nuevas armas y estrategias, y el Gobierno decidió enviar observadores del ejército a los distintos países en conflicto. Leocadio Ramírez Lenz, por sus orígenes alemanes, y sus conocimientos en balística, fue destinado a Alemania, país al que llevaba tiempo sin ir, pero donde aún conservaba familia: su abuela materna –el abuelo falleció hace unos años-, dos hermanos de su madre, y media docena de primos.

Título "Cuando Albert Einstein visitó la Academia de Artillería; una historia de amistad"

Llegó a Berlín en octubre de 1914, con la misión de estudiar qué armas estaba desarrollando el ejército alemán. No tuvo que esforzarse demasiado, los hermanos de su madre aún conservaban la fábrica en las orillas del Rhur, y no encontró ningún impedimento en poder visitarla con total libertad.

El clima que se vivía en Berlín, al igual que en el resto de las capitales europeas, era de euforia. Todos pensaban que la guerra iba a ser cosa de cuatro días...pero esos cuatro días se convirtieron en cuatro años, en los que cambió el panorama político de Europa: desmembramiento de los últimos imperios, Revolución en Rusia, y el cierre en falso del tratado de paz de Versalles, que no fue más que el prolegómeno de un embrollo aún más gordo veinte años después.

No obstante la misión oficial, Leocadio tenía otro objetivo en mente, conocer en persona a Albert Einstein, quien por aquella época se encontraba en Berlín, en la Academia Prusiana de las Ciencias, relegado por la comunidad científica por su oposición a la guerra.

Una fría y lluviosa tarde de noviembre de 1914, finalmente concertó una entrevista con Einstein. Uno de sus primos impartía clases en la Academia Prusiana, y gracias a su mediación se produjo el encuentro, en un restaurante berlinés. Lo primero que le llamó la atención, y así lo recoge en su libro Eduardo Pérez, fue su aspecto, un tanto desaliñado, con el pelo alborotado, pero una chispa en la mirada que denotaba una inteligencia superior a la de cualquier otra persona que hubiera conocido hasta entonces.

Tremendamente educado, Einstein preguntó a Leocadio por la fluidez de su alemán, refiriéndole su ascendencia germana. También se interesó por el brazo que le faltaba, y le explicó cómo sucedió, defendiendo una guarnición española en la isla de Cuba en 1898.

En el libro que estaba leyendo no se explicaba en qué consistió aquella conversación, pero sin ninguna duda algo importante debió suceder, puesto que en el prólogo de la Teoría General de la Relatividad, leída en Gotinga en 1915 y publicada en 1916, Einstein escribió: "...agradezco las aportaciones de mi muy querido y estimado amigo Leocadio Ramírez Lenz, posiblemente sin el intercambio de opiniones que tuvimos en el otoño de 1914 no hubiera sido posible mi Teoría General de la Relatividad...".

Al parecer el autor no tenía más material sobre el tiempo que duró la estancia de Leocadio en Alemania, pues el siguiente párrafo ya nos sitúa en Segovia el 5 de marzo de 1923. De sobra es conocido que Albert Einstein estuvo en Madrid, Zaragoza y Barcelona, y también la visita particular a Toledo (le interesaba conocer la ciudad donde judíos, musulmanes y cristianos habían convivido durante varios siglos...no en vano él era de ascendencia judía). Pero su presencia en Segovia había pasado desapercibida, no digo que oculta, porque tampoco había nada que ocultar, sino que ningún libro de historia (al menos de los de mayor difusión), daba cuenta de ello.

A Segovia vino acompañado por José Ortega y Gasset. Llegaron a la estación de ferrocarril, donde les estaba esperando Antonio Machado, y desde allí fueron paseando

Título “Cuando Albert Einstein visitó la Academia de Artillería; una historia de amistad”

hasta llegar a la Plaza del Azoguejo, para luego subir a la Academia de Artillería, en donde les estaba esperando Leocadio Ramírez Lenz, al que acompañaba el director de la Academia, momento que se inmortalizó en la fotografía tomada en la escalinata de la calle San Francisco, y que ahora cuelga en las paredes de la Academia.

La crónica relata que desde la Academia de nuevo fueron al Acueducto, y dieron un paseo por la ciudad, levantando cierta expectación con las personas que se iban cruzando. Einstein había adquirido una gran fama, y aunque seguramente casi nadie supiera quién era, su cara salía frecuentemente en los periódicos; es famosa la anécdota que, cuentan, sucedió en Madrid, donde una vendedora de castañas a su paso dijo: ¡Viva el inventor del automóvil! Y también las viñetas de los humoristas de entonces, como aquella en la que se ve a un padre con su hijo, y éste le pregunta si hay alguien más sabio que Einstein, a lo que el padre le responde: “Sí hijo, el que le entiende”.

Investigando en la hemeroteca de El Adelantado de Segovia hallé una crónica del 5 de marzo de 1923, que ilustra una fotografía en la que se distingue a Einstein y Leocadio Ramírez, flanqueados por Machado y Ortega, frente al Acueducto.

Quiero pensar que caminando por las calles de la ciudad hablarían en alemán de ciencia, de la Teoría General de la Relatividad, y lo que ha significado para la comprensión del Universo, y especialmente todo lo que quedaba entonces por descubrir (y lo mucho que aún nos queda...).

Darí cualquier cosa por encontrar un pliegue en el espacio-tiempo y presenciar cómo se saludaron ese 5 de marzo de 1923 en las escaleras de la Academia de Artillería, acompañarles por Segovia, entrar en un café, sentarme detrás de ellos, junto a D. Antonio y a Ortega.

No pude encontrar más referencias sobre aquella visita, y lo dejé en el olvido hasta que, lo que es la vida, a finales del verano de 2018 entré en la librería Entrelibros, en la calle José Zorrilla. Unos días antes me crucé en la calle con Pepe, su propietario, y me animó a acercarme por el establecimiento, había comprado un montón de libros usados, muchos de ellos viejos, y seguro que alguno me podía interesar. “Arriba hay una pila de libros antiguos que todavía ni he sacado de las cajas –me dijo al verme entrar-, sube y sírvete”.

No tenía mucho más que hacer, acerqué una silla, me senté, y comencé a revolver entre las cajas. Cuando llevaba un rato casi se me para el corazón al encontrar un ejemplar ajado, amarillento, con el título “El día que conocí a Einstein”, escrito por Leocadio Ramírez Lenz, fechado en Segovia en febrero de 1937. Con el libro en la mano le dije a Pepe que me iba, que me le llevaba, pero que tranquilo, que se le devolvería.

Vivo cerca, en una de las casas bajas de la colonia Varela, en el Paseo Nuevo, por encima del colegio Colmenares, al lado de la piscina cubierta. Tanta prisa llevaba que no paré a tomar mi caña diaria en el Niza, con los habituales del lugar. Uno de ellos, Óscar, que estaba a la puerta echando un pitillo me preguntó que si no entraba: “No puedo tío, mañana hablamos”.

Título “Cuando Albert Einstein visitó la Academia de Artillería; una historia de amistad”

Abrió la puerta de la valla de la finca que da acceso al pequeño jardín que rodea la casa, casi piso a Nelson, el pastor alemán que, en teoría, guarda la finca, y apresuradamente entré en la vivienda. Se trataba el segundo volumen de sus memorias, en el que Leocadio plasmó por escrito sus vivencias en Alemania durante su estancia en ese país en 1914.

Contaba el momento en que conoció a Einstein, y en especial las conversaciones que durante varios días mantuvieron, a lo largo de las cuales el físico le habló de lo que sus ecuaciones estaban a punto de llevarle a demostrar, y que en breve tenía previsto presentar ante la comunidad científica: la no existencia de una fuerza que haga que los cuerpos se atraigan, sino que el espacio cercano a esos cuerpos se curva por su presencia, y que cuanto más masa tenga ese cuerpo, más se deforma el espacio, y el tiempo.

Las charlas se alargaban casi hasta el amanecer, y fue en una de ellas cuando Leocadio sugirió que si se deformaban el espacio y el tiempo, quizás pudiera viajar en el tiempo, algo que Einstein, respondió, intuía que podría suceder, pero no creía fuera posible comprobarlo.

Leocadio refiere que comentó a Einstein que una tarde, mientras daba sus habituales paseos al salir de la Academia de Artillería, en las orillas del río Eresma en la Alameda del Parral, se paró a mirar cómo unos chavales tiraban piedras al agua, y ver que estas se hundían, formando ondas en el agua, que chocaban con otras que se habían formado por cualquier otra causa. ¿Y si en el espacio sucediera lo mismo? ¿Podría esa piedra que ha caído al agua volver a salir a la superficie?

“Amigo Leocadio –le respondió Einstein-, entiendo lo que quiere decir, tengo que tratar de reflejarlo matemáticamente. Es muy posible que lo que usted sugiere pueda ser verdad, lo difícil será poder demostrarlo, y ya sabe que en ciencia nada tiene validez hasta que no se comprueba. Estoy prácticamente seguro de que la fuerza de la gravedad, tal y como la definió Newton –a quien reverenciaba-, no existe, sino que, como ya he explicado, el espacio es una malla, y que los cuerpos masivos la deforman, y la trayectoria de todo lo que pasa cerca, ya sea un planeta, un cometa, o incluso un fotón, se curva, y lo acabaré demostrando. Reconozco que el ejemplo que ha puesto de la piedra que cae al agua, y las ondas que produce sobre su superficie, tiene sentido.”

También contaba Leocadio Ramírez cómo era la vida en Berlín, las noticias que venían del frente, el espectacular desarrollo armamentístico de la industria alemana, y las muchas ideas que iba a llevar a España, a su regreso para continuar dando clases en la Academia de Artillería.

Finalmente, poco antes de la Navidad de 1914, Leocadio se despidió de Einstein, su misión había terminado, y las órdenes eran volver a España. No sabían si el destino permitiría que sus vidas volvieran a cruzarse, pero al menos se comprometieron a escribirse.

Título “Cuando Albert Einstein visitó la Academia de Artillería; una historia de amistad”

Así llegó 1922, año en que Albert Einstein recibió el Premio Nobel de Física de 1921 por su descubrimiento de la ley del efecto fotoeléctrico, y como respuesta a la carta de felicitación que Leocadio Ramírez la envió, Einstein respondió que iba a iniciar en 1923 una gira por Europa, y entre los países que se iban a visitar estaba España, y que iría personalmente a verle y conocer tanto la ciudad de Segovia (de la que tantos elogios había hecho Leocadio), como la Academia de Artillería. Quería conocer ese lugar donde se formaba no sólo a militares, sino a científicos, algo que para él, reconocido pacifista y ajeno a las armas, era de especial relevancia.

La lástima es que el volumen que encontré en la tienda de Pepe acababa justo aquí. Tenía pinta de continuar, al igual que éste proseguía a uno anterior, pero a pesar de buscar en todas las cajas (“Quieres dejar de revolver, que me están descolocando todo – me decía Pepe”), nada encontré. No desespero, y he visitado todas las ferias de libro antiguo que puedo: la de Segovia en noviembre en la Avenida Fernández Ladreda (sí, ya sé que su nombre oficial ahora es Avenida del Acueducto, pero creo que tardaremos en acostumbrarnos al cambio), la de la Plaza Mayor de Salamanca, los puestos de la Cuesta de Moyano en Madrid,...

Pero lo más extraño de todo es que Leocadio Fernández Lenz nunca fue dado por muerto. Hace poco, a primeros de enero de 2019, por medio de un conocido tuve acceso al libro de registro de los profesores que dieron clase en la Academia, y todos los que al momento de leerle habían fallecido constaba la fecha de su deceso, con una excepción. Leocadio Ramírez Lenz figura como “desaparecido”, y una nota señala dice que “A finales de mayo de 1937 desapareció en la Sierra de Guadarrama, en las inmediaciones de Valsaín, se cree que murió víctima de algún obús, o algún disparo perdido, en la Batalla de La Granja, durante la Guerra Civil”. El cuerpo jamás se encontró, y en el Pinar de Valsaín se plantó una cruz en su memoria, algo que he comprobado recientemente en un paseo con la bicicleta de montaña, hay una cruz junto al sendero que va de la Fuente de la Reina a la carretera de Navacerrada. Me detuve a verla, y efectivamente tiene grabado: “A la memoria de Leocadio Ramírez Lenz, coronel de artillería y profesor de la Academia de Artillería de Segovia, desaparecido en este paraje en mayo de 1937”.

Ahora, cada vez que paso por delante de la Academia de Artillería, miro el edificio con otros ojos, con la esperanza de ver a alguien sin el brazo izquierdo, que baje por la calle de San Francisco, cruce por debajo de los arcos centrales del Acueducto en la Plaza del Azoguejo y se dirija a la Alameda del Parral por el Paseo de Santo Domingo, y que allí se siente en un banco a escribir el tercer volumen de sus memorias, mientras unos niños tiran piedras al agua. Sin duda ese tercer volumen de sus memorias se titulará “Los viajes en el tiempo, Segovia 2019”, y no tendré que buscarle en las librerías de viejo, sino en la sección de novedades de Entrelibros.

Fin.